

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

Título original: *The Perfect Couple*

© 2020, Jackie Kabler. Publicado por primera vez en Reino Unido en formato *ebook* por HarperCollinsPublishers.

© 2024, de la traducción por Marta Carrascosa Cano

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2024

Newton Compton editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-26-3

Código IBIC: FA

DL: B 8.173-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Sergí Godía

Impreso en octubre de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Jackie Kabler

La pareja perfecta

Traducción de Marta Carrascosa Cano



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

Capítulo 1

Lo primero que noté fue el silencio. Cuando Danny estaba por aquí siempre había ruido, cantaba canciones o tarareaba, sonaba el golpeteo del teclado de un portátil, el repiqueteo continuado de la cuchara contra la taza mientras removía su café solo con vigor durante demasiado tiempo para no haberle echado azúcar... ¿qué removía? Pero me encantaba que hiciese ruido a pesar de mis protestas habituales, que decían lo contrario. Había vivido sola demasiado tiempo antes de Danny, y el clamor constante me hacía sentir conectada, viva. Feliz. Así que aquella noche, mientras abría la puerta principal y sacaba la llave de la cerradura, a la espera de un grito de bienvenida desde el salón o de ver, en cuestión de segundos, su cara risueña asomándose por la puerta de la cocina, la decepción me cayó como un jarro de agua fría.

–¿Danny? Danny, estoy en casa. ¿Dónde estás?

Mientras hablaba, me di cuenta de que no estaba, pero encendí las luces y dejé la bolsa de viaje en la mesa situada junto a la puerta. De todas formas, di una vuelta rápida por la casa y mis pasos resonaron en el parqué pulido. Fruncí el ceño al abrir cada puerta, las habitaciones estaban a oscuras y vacías. ¿Dónde estaba? Anoche, cuando me escribió para darme las buenas noches, me prometió que estaría aquí cuando volviese y que prepararía la cena. Mientras me dirigía a la cocina, recordé que incluso me había prometido que tendría una botella de mi cava favorito enfriándose; un regalo de bienvenida.

«Como se le haya olvidado...».

–Joder, Danny. ¿En serio?

Miré qué había en la nevera. Estaba exactamente como la había dejado el jueves por la mañana: un recipiente de leche por la

mitad, un trozo de queso al que le habían cortado una esquina y un paquete de salchichas al que le faltaban cuatro, las cuatro que habíamos desayunado antes de que me marchase a mi último viaje de prensa. Ni cava ni comida reciente. ¿Ni siquiera había ido a comprar? ¿Qué había pasado? ¿Había pasado algo en el trabajo que le había hecho retrasarse? Me había dicho que ese día terminaría a la hora de comer, que por una vez tendría tiempo de sobra para ir al supermercado y evitar que fuese yo quien hiciese la compra el sábado por la mañana, como siempre, mientras él se quedaba en casa pasando la aspiradora y quitando el polvo de las estanterías. Un descanso de la rutina en la que habíamos caído con rapidez, en la que habíamos caído felices desde que nos habíamos mudado a Bristol y a la hermosa casa en el lujoso Clifton. No siempre había sido así, pero cuando nos mudamos dijo que quería ayudar más en casa, hacer más de las tareas que yo odiaba, y yo no se lo discutí. Solo llevábamos tres semanas en nuestro nuevo hogar, pero las palabras «felicidad doméstica» resumían bastante bien todo, por deprimente que sonara incluso para mí.

—Puedes descansar el sábado, Gem. Estarás hecha polvo después de todo el desenfreno en tu lujoso hotel con *spa* —me había dicho mientras tomábamos un desayuno inglés completo, acercándose al otro lado de la mesa para limpiarme una mancha de ketchup del labio inferior con el dedo.

—Es trabajo —repliqué, haciéndole señas con el tenedor, y luego sonreí mientras ensartaba otro trozo de morcilla—. Bueno..., quizá también un poco de placer.

—No lo dudo. Vosotros, los periodistas, y vuestra vida dura y vuestras costumbres de borrachos empedernidos.

Su acento, de normal suave, del oeste de Irlanda, se convirtió enseguida en el de Moore Street Market, Dublín, y tragué saliva a toda prisa y me eché a reír.

—Sí, vale. Tomaremos unas copas, pero a las once estaremos todos en la cama, te lo prometo. Ya hay demasiadas madres cansadas en el grupo. Una noche sin niños significa que por fin podrán dormir como es debido.

Levantó sus gruesas cejas oscuras —que antes eran solo una, hasta

que un día lo sujeté a la cama con las pinzas en la mano— y volví a reírme de su cómica y exagerada expresión de incredulidad.

—Cállate.

—¡Pero si no he dicho nada!

En ese momento, se levantó de la silla y me abrazó, susurrándome contra el pelo:

—Te echaré de menos. Pero pásalo bien. Te lo mereces.

«Danny, ¿dónde estás?». Cerré la puerta de la nevera de un portazo y rebusqué mi móvil en el bolsillo del abrigo con estampado de cebra. Mierda. El trabajo nuevo de Danny se había retrasado un poco en proporcionarle un móvil de empresa, le habían prometido que estaría listo para el lunes y, como había entregado el suyo cuando dejó el anterior, se había quedado sin móvil de forma temporal. Por un momento pensé en llamar a la oficina y preguntar si le habían hecho trabajar hasta tarde, pero suspiré y decidí no hacerlo. Que su mujer le llamara preguntándole dónde estaba sería un poco exagerado, teniendo en cuenta lo poco que llevaba trabajando ahí. ¿Un correo electrónico, pues? Aún tenía su tableta y el correo electrónico había funcionado bastante bien en las últimas semanas cuando habíamos tenido que ponernos en contacto. Ambos teníamos Skype también, para emergencias, aunque no habíamos tenido que usarlo hasta ahora y, al igual que llamar a su oficina, pensé que hablar por Skype con él podría ser un poco intrusivo. Sí, un correo electrónico.

Me senté en el borde de una de las sillas del comedor y escribí un mensaje.

Estoy en casa. ¿Dónde estás? Y, lo que es más importante, ¿dónde está mi cena? ¡¿Y mi FIZZ?!

Le di a «enviar», miré la hora y me levanté con un suspiro. Eran más de las siete de la tarde. Desharía las maletas, me daría una buena ducha con agua caliente y me cambiaría. Me dije que en vez de cocinar podíamos pedir que nos trajeran algo de comer y que tal vez Danny podría pasar por la licorería de camino a casa para comprar un poco de champán. Eché un vistazo a la cocina y me

di cuenta de que al menos había fregado, limpiado las superficies y colocado los cuchillos en su taco de madera. De hecho, todo estaba impecable, había un ligero olor a lejía en el aire, incluso la campana extractora de acero inoxidable estaba reluciente. Sentí que mi pequeña cólera disminuía. Sería trabajo, nada más. No era culpa suya que se hubiera retrasado. Pronto estaría en casa. Me quité el abrigo de los hombros y fui al recibidor para recoger las maletas.

Capítulo 2

–Por todos los santos. Es como mirar a dos hermanos. ¿Coincidencia o no? ¿Tú qué opinas, jefa?

El subinspector Devon Clarke miró por encima del hombro. Detrás de él, la inspectora jefe Helena Dickens asintió despacio, con los ojos color azul índigo fijos en las dos fotografías que había en la pizarra.

–No lo sé. Al menos, todavía no. Pero, sí, se parecen tanto que da miedo. Es raro, ¿eh?

Echó un vistazo a su reloj. Eran más de las siete. Suspiró y se volvió hacia la sala haciendo un leve gesto de dolor al sentir una punzada en la parte baja de la espalda. Pensó que la carrera de la noche anterior había sido demasiado larga y había ido demasiado rápido.

–Bien, acercaos todos. Siento haceros esto un viernes por la noche, pero con un segundo asesinato entre manos voy a tener que pedir os que trabajéis todo el fin de semana, como imagino que ya habréis adivinado. Vamos a repasar lo que tenemos hasta ahora y luego repartiré el trabajo.

Esperó, volviéndose para observar la pizarra mientras las sillas se movían y los pies se arrastraban; entonces la sala quedó en silencio, la lluvia que había empezado a caer hacía una hora golpeaba con fuerza las ventanas, el aire estaba cargado de un olor a café rancio.

–Gracias. Bien, sé que a algunos os han hecho venir hoy a Brístol para aumentar los efectivos, así que gracias a todos. Soy la inspectora Helena Dickens, investigadora jefe. Este es el subinspector Devon Clarke.

Hizo un gesto con la mano hacia Devon, que agachó la cabeza.

—Hacía tiempo que la Policía de Avon no tenía dos asesinatos entre manos en tan poco tiempo. De momento no hay nada que sugiera que los dos asesinatos estén relacionados, aunque todavía estamos esperando el informe forense del último. Pero... —hizo una pausa e intercambió miradas con Devon—, bueno, empecemos por el principio. Devon, ¿puedes explicarnos lo que sabemos sobre Mervin Elliott?

—Claro.

Devon asintió y se aclaró la garganta.

—Vale. Este es Mervin Elliott.

Señaló la fotografía de la esquina superior izquierda de la pizarra.

—Treinta y dos años, gerente de una tienda de ropa para caballero, una de esas tiendas que están de moda en Cabot Circus. Soltero, heterosexual, sin hijos, vivía solo en un apartamento en el puerto. Su cuerpo fue hallado en Clifton Down por un paseador de perros hace poco más de dos semanas, a primera hora de la mañana del miércoles 13 de febrero. Aquí, justo al lado de Ladies Mile, cerca de Stoke Road. —Señaló un mapa de The Downs, el vasto espacio público al norte del acomodado barrio de Clifton—. El cuerpo estaba medio oculto por unos arbustos, un matorral, algo parecido. Se calcula que la hora de la muerte fue unas diez u once horas antes, es decir, entre las siete y las ocho de la tarde del martes día 12. Causa de la muerte: golpe en la cabeza. No hay otras heridas importantes. No se encontró el arma homicida. —Hizo una pausa, se frotó la nariz y continuó—: Según todas las personas con las que hemos hablado hasta ahora, era un tipo agradable y normal. Trabajaba duro, estaba soltero, como ya he dicho; sus amigos decían que últimamente había tenido alguna que otra cita, casi siempre con mujeres que había conocido por internet, pero que no había encontrado a nadie con quien quisiera tener algo serio. Era un tipo sociable, le gustaba salir por la noche, pero no consumía drogas ni bebía mucho. Estaba en forma, era miembro de un gimnasio, uno grande que abre las veinticuatro horas del día en el puerto, cerca de su piso. Se cuidaba. No tenía antecedentes penales. No hay ningún motivo obvio para el asesinato. Parece

que había salido a correr la noche en que lo mataron: llevaba zapatillas y ropa de deporte cuando encontraron el cuerpo. Pero llevaba un reloj deportivo bastante bonito y un teléfono decente en el bolsillo y no los tocaron. En algunas partes de The Downs hay muchos rateros por la noche, gente en busca de acción, pero no había signos de actividad sexual en el cadáver, ni pruebas de que estuviera allí para algo así. No hemos encontrado testigos del ataque. Claro que, a esa hora, estaría oscuro. Pero hasta ahora tenemos muy poco en qué basarnos. No hay pruebas forenses útiles. Nada.

De repente, sonó un teléfono en un escritorio del fondo de la sala y Devon esperó mientras uno de los agentes jóvenes se apresuró a aceptar la llamada, contestó en voz baja y luego hizo una mueca hacia Devon.

–Nada importante –dijo.

Devon asintió y se volvió hacia la pizarra.

–Vale, pues ese es Mervin Elliot. Este... –señaló la fotografía a la derecha de la primera– es Ryan Jones. Encontraron su cuerpo ayer por la mañana, jueves, 28 de febrero, en un callejón entre dos casas de Berkeley Rise. Eso es aquí, justo al lado de Saville Road. –Pasó el dedo por el mapa–. Saville Road bordea Durdham Down por el este. Y, para quienes no estén familiarizados con The Downs, Durdham Down es la parte norte, al norte de Stoke Road. Clifton Down es la parte sur. Alrededor de ciento sesenta hectáreas en total.

–Entonces..., ¿los dos cuerpos fueron encontrados a cuánto? ¿A menos de dos kilómetros de distancia?

La pregunta procedía de algún lugar al fondo del grupo de agentes reunidos. Devon asintió.

–Respecto a eso, sí. Una vez más, es probable que la causa de la muerte fuesen traumatismos craneoencefálicos, pero estamos esperando los resultados de la autopsia, que deberían llegarnos pronto. También tenía un par de contusiones leves, pero nada importante. De nuevo, la lesión de la cabeza era compatible con un ataque con algún tipo de arma pesada. Una vez más, no hay rastro del arma homicida. Aunque todavía es pronto, ya que lo

encontraron ayer. En el lugar de los hechos se estimó que la hora de la muerte había sido unas diez horas antes, es decir, el miércoles por la noche. Lo encontró un vecino de la zona que había salido a dar un paseo en bicicleta a primera hora de la mañana y tomó un atajo por una callejuela. Conseguimos identificarlo con la cartera de la víctima, la cual seguía en su bolsillo y tenía unas cincuenta libras dentro. Ryan tenía treinta y un años y también estaba soltero, sin hijos, tenía algunas citas, pero ninguna novia seria, por lo que sabemos hasta ahora. Trabajaba como contable en una empresa de Queen Square. De nuevo, es pronto, pero hasta ahora se parece un poco a nuestra primera víctima: un tipo simpático y normal, sin antecedentes.

Hizo una pausa y se volvió para mirar a Helena.

–Supongo que no hay cámaras de vigilancia en la zona donde lo encontraron –aventuró.

Devon negó con la cabeza.

–No hay cámaras en esa zona. Sin embargo, está mucho más urbanizada que donde apareció Mervin, como es obvio, así que empezamos a ir casa por casa ayer por la tarde, pero hasta ahora nadie parece haber visto ni oído nada.

Helena suspiró.

–Recuérdanos qué llevaba puesto. Me refiero a Ryan.

Devon se volvió hacia la pizarra.

–Ropa normal. Es decir, nada de ropa de correr. Vaqueros, zapatillas, un jersey de color azul marino, un abrigo enorme de color negro. Hacía frío el miércoles por la noche. Y no, aún no hemos averiguado qué hacía en la zona. Vivía en un barrio llamado... –frunció el ceño, buscando con la mirada en la pizarra–, en Redcliffe. O sea, a tres o cuatro kilómetros de donde lo encontraron.

–Gracias, Devon.

Helena se aclaró la garganta y se volvió hacia la sala.

–Bien, esto es lo básico. Dos hombres muertos, ambos con lesiones en la cabeza, ambos asesinados en The Downs con un par de semanas de diferencia. Ambos con éxito y trabajadores, ambos con poco más de treinta años. Dos hombres que, por lo

que sabemos hasta ahora, no estaban involucrados en ningún tipo de actividad criminal. Y dos hombres que parecen... –se volvió de nuevo hacia la pizarra y tocó primero la fotografía de Mervin y luego la de Ryan– que, francamente, parecen putos gemelos. El mismo pelo oscuro y rizado, ojos oscuros, cejas gruesas. Altura y complexión similares. Puede que no signifique nada, pero... –se encogió de hombros y volvió a mirar a los agentes reunidos– es un poco raro, ¿no? Vale, escuchad. No nos fijemos demasiado en su aspecto por ahora. Y, por supuesto, puede que no haya conexión alguna entre estos dos asesinatos. Pero, teniendo en cuenta las similitudes entre los dos casos, no podemos descartarlo. Mantengamos la mente abierta y dejemos que los hechos nos guíen.

»Los informes forenses sobre Ryan podrían ayudarnos cuando los tengamos, si tenemos suerte. Pero, mientras tanto, hablemos con tantos amigos y familiares como sea posible y veamos si hay algún factor común: Redcliffe y el puerto no están tan lejos, así que ¿pasaban estos dos por los mismos bares? ¿Se conocían? ¿Tenían amigos en común o intereses comunes? ¿Y por qué estaban ambos en o, en el caso de Ryan, muy cerca de The Downs las noches en que murieron? Vale, Mervin corría por allí y es un buen sitio para correr, yo también corro por allí de vez en cuando. Pero es miembro de un gimnasio y, aunque prefiriera correr al aire libre, hay muchas rutas para escoger alrededor de Bristol. Entonces, ¿por qué allí específicamente? ¿Era algo que hacía con regularidad? ¿Y por qué estaba Ryan en la zona? ¿Estaba visitando a un amigo, a un familiar? Necesitamos saber todo sobre ellos, y rápido.

Dejó de hablar y observó cómo sus colegas garabateaban notas en blocs, muchos de ellos lanzándose miradas. Enseguida supo lo que estaban pensando. Era algo que ella misma había pensado, con una sensación de malestar y náuseas en el estómago, cuando la fotografía de Ryan Jones había aparecido el día anterior en el tablón junto a la de Mervin Elliott. Si esos dos asesinatos estaban relacionados, si habían sido cometidos por la misma persona, bueno...

Tragó saliva. Sin embargo, oficialmente tenían que ser tres. Tres asesinatos, para ajustarse a la definición más utilizada en el Reino Unido. Y hasta ahora solo eran dos. «Dios, por favor, que se quede tal y como está», pensó.

Dos ya era malo.

Pero tres...

Con tres podría tener a un asesino en serie entre manos.

Capítulo 3

—¿Dónde demonios estás, Danny? Esto está rozando lo ridículo. Dejé de pasearme de un lado a otro de la cocina durante un rato para quedarme mirando por la ventana mojada por la lluvia que daba al elegante patio de la parte trasera de la casa. Tenía los puños apretados y las uñas clavadas en las palmas de las manos, deseando que apareciera de repente. Era sábado por la tarde y, a pesar de haberme pasado todo el día intentando localizar a mi marido, no había conseguido nada. Tenía que hacer algunas llamadas más, pero antes tenía que tranquilizarme. Respiré hondo, traté de ralentizar los acelerados latidos de mi corazón y apoyé la frente en el cristal frío mientras recorría el patio con la mirada. En dos niveles separados por una hilera de carpes plisados, el espacio pavimentado con piedra caliza y diseñado con esmero me había cautivado desde el primer momento en que Danny y yo habíamos ido a ver la casa. En el centro del nivel superior, el que estaba más cerca de la casa, el agua burbujeaba con suavidad desde una esfera de metal pulido situada sobre un zócalo de piedra, junto a la cual había una enorme mesa de cristal con seis sillas de hierro forjado colocadas debajo. La zona para comer al aire libre tenía un aire exótico y tropical que recordaba más a Bali que a Brístol, gracias a los bambúes, los linos de Nueva Zelanda y los helechos de los árboles, que iluminaban el espacio por la noche con cientos de lucecitas repartidas entre el follaje. En la parte delantera de la terraza superior, había unos escalones que conducían al nivel inferior. A ambos lados de la puerta trasera había laureles que se mecían al viento en altas macetas de grafito y parterres de hierbas en las paredes; nuestro propio huerto en el corazón de la ciudad. Incluso en un sábado de marzo húmedo,

me recorrió un pequeño escalofrío de placer a pesar de sentirme tan miserable.

–¡Una fuente! ¡Hay una fuente, Danny! –había chillado cuando entramos por la puerta de atrás, y él se había reído y me había apretado la mano. Nos habíamos preguntado por qué el agente inmobiliario nos había sugerido reunirnos en la parte trasera de la casa en lugar de en la puerta principal, pero de repente todo tenía sentido. Era impresionante.

–Es más bien una especie de instalación con agua, pero está bien. Tú y tu obsesión con los patios –había susurrado Danny mientras nos llevaban al interior. Ambos supimos al instante que no importaba cómo fuera el interior, este lugar ya me tenía enamorada. Tenía razón: siempre había querido un patio con jardín. Un lugar tranquilo para recibir a los amigos, para sentarme al sol con una copa de vino una tarde de verano, para descansar con un libro un domingo por la tarde, ¿y sin césped que cortar? Para mí, el sitio de mis sueños.

Teníamos una casa preciosa en Londres, pero, como suele ocurrir en la capital, era difícil encontrar un lugar céntrico con algún tipo de espacio exterior decente. La pequeña terraza de la azotea de nuestro apartamento era bonita, pero, en comparación, el patio de Bristol nos había parecido enorme.

–Incluso hay un cobertizo para las bicicletas, mira, ahí abajo, en la esquina del nivel inferior. Por fin podré dejar de encadenar mi preciosa bicicleta a la barandilla y tú podrás dejar de quejarte de que queda mal –había dicho Danny, y yo había aplaudido y bailado un poco, feliz, haciéndole reír.

Sin embargo, aquel sábado, mientras miraba por la ventana, pude ver que, al igual que había ocurrido desde que regresé de mi viaje, el elegante cobertizo de madera donde solía estar su querida bicicleta estaba vacío. Miré el espacio en blanco durante unos segundos más, con la vista nublada, y me asusté cuando una nariz fría y húmeda me acarició la mano.

–Hola, Albert. ¿Dónde está Danny? –susurré y él ladeó la cabeza, con los ojos fijos en los míos, y lloriqueó. No lo culpaba; yo también tenía ganas de llorar. Con el estómago revuelto y los

ojos secos e irritados por el llanto y la falta de sueño, miré el patio vacío una vez más, me aparté de la ventana y volví a dar vueltas. Albert se quedó mirándome un rato, luego lloriqueó por lo bajo y trotó hacia su cama, en un rincón de la cocina.

Al final, el viernes por la noche había pedido unas *pizzas* y había estado picoteando mientras actualizaba el correo electrónico sin parar, a la espera de que un mensaje de disculpa de Danny apareciera en mi bandeja de entrada en cualquier momento. Cuando no llegó nada, supuse, malhumorada, que iba a pasar la noche en vela y me fui a la cama. Al meterme bajo el edredón, me di cuenta de que había cambiado las sábanas en mi ausencia y de que la funda de la almohada estaba fresca contra mi mejilla. «Puñetero trabajo», pensé. A él le encantaba, pero a mí no siempre me gustaba tanto. Danny era especialista en seguridad informática: analizaba y solucionaba fallos en los sistemas y defendía a las empresas de los piratas informáticos.

–Lucho contra el crimen cibernético. Básicamente soy un superhéroe de la seguridad –había anunciado con un gesto teatral con los brazos en nuestra primera cita, y yo había puesto los ojos en blanco, sonriendo, y, para ser sincera, sin entender muy bien a qué se dedicaba, aunque en secreto estaba impresionada.

En realidad, el trabajo significaba muchas horas y muchas llamadas de emergencia y, aunque esta sería la primera vez en el trabajo nuevo, no era raro que tuviera que trabajar toda la noche si algo iba mal en el sistema informático de un cliente importante. Cuando nos conocimos, trabajaba para una empresa de Chiswick, al oeste de Londres, y tenía un buen sueldo de seis cifras. Cuando hablamos de dejar la capital, supuse que Danny aceptaría un salario más bajo, pero no fue así, algo que me sorprendió hasta que me di cuenta de que su nueva empresa, ACR Security, se había trasladado del centro de Londres hacía un par de años, aprovechando los alquileres más bajos de la undécima ciudad más grande del Reino Unido.

–Tiene sentido –había dicho Danny la primera vez que propuso que nos mudáramos de Londres–. En Bristol tienen un trabajo estupendo, e internet es internet, mi trabajo va a ser el mismo

en cualquier sitio, con el mismo sueldo también. Y piensa en lo mucho que va a agradecer nuestro bolsillo el no tener que pagar los precios de Londres, ¿sabes? Y tú también puedes trabajar desde cualquier sitio, ¿verdad, Gem? Te encantaría, sé que te encantaría, la calidad de vida es muchísimo mejor. Bristol es una ciudad preciosa, y tienes Devon y Cornualles a pocas horas en coche, y los Cotswolds no muy lejos en la otra dirección, y es una ciudad universitaria, así que hay un montón de bares y restaurantes buenos, y la arquitectura es preciosa...

–Vale, vale, me has convencido, ¡hagámoslo!

En verdad, no tuvo que currárselo mucho para convencerme. Tenía razón en que, como periodista autónoma, podía trabajar desde donde quisiera, y Londres ya no me atraía. Estaba demasiado abarrotado, era demasiado estresante y, en los últimos años, a menudo había anhelado una vida más tranquila, más verde, menos ruidosa. Así que él aceptó el trabajo que le habían ofrecido y dejamos nuestro apartamento moderno junto a Chiswick High Road para mudarnos a un precioso edificio victoriano de techos altos con un patio precioso en el verde barrio de Clifton, en Bristol. Solo llevábamos un año casados y seguíamos viviendo de alquiler en Londres, sin querer comprometernos con una hipoteca enorme hasta que hubiéramos decidido dónde queríamos establecernos. Aunque Bristol nos gustaba a los dos, tampoco queríamos lanzarnos a comprar allí demasiado pronto, queríamos darnos tiempo para asegurarnos de que los dos seguíamos contentos con nuestros trabajos y con el estilo de vida de Bristol y para encontrar la casa perfecta para siempre.

–Alquilaremos, un año o así. Pero en un sitio bonito. En la mejor parte de la ciudad –había dicho Danny mientras recorríamos con entusiasmo los anuncios inmobiliarios *online*, asombrados por lo baratos que parecían los alquileres en comparación con lo que habíamos estado pagando en Chiswick. Todo encajó a la perfección y, a los pocos días, supe que estaba en casa. Danny parecía sentir lo mismo, aunque su jornada laboral era igual de larga que en Londres, algo que yo odiaba, pero que me había acostumbrado a aceptar.

Aun así, había tenido tantas ganas de verle el viernes por la noche que me había sentido triste, dormí mal, me despertaba cada hora para ver si el espacio vacío de la cama junto a mí se había llenado con su cuerpo cálido y cansado.

Cuando a las nueve de la mañana del sábado seguía sin llamar, empecé a preocuparme de verdad. Esto no estaba bien. Haciendo a un lado mi reticencia a parecer una esposa irritante, busqué el número de la centralita de su empresa y lo marqué. Me había saltado el buzón de voz, que me informaba de que ACR Security había cerrado y volvería a abrir el lunes a las nueve de la mañana y aconsejaba que los clientes que tuvieran un problema urgente llamaran al número de emergencia que figuraba en su contrato.

—¿Qué pasa con las esposas que tienen un asunto urgente?—grité al teléfono y luego colgué la llamada, el corazón empezaba a latirme con fuerza. Si su despacho estaba cerrado, ¿dónde demonios estaba Danny? ¿Habría tenido un accidente de camino a casa? Esa maldita bicicleta. Siempre me había parecido raro que no condujera, pero se había encogido de hombros con alegría cuando se lo había preguntado.

—Nunca me ha hecho falta. Había mucho transporte público en Dublín cuando estudiaba. Y luego en Londres... ¿Quién conduce en Londres? Los atascos, el aparcamiento irrisorio... Ah, la bicicleta es el futuro, Gem. Y ya tenemos tu coche para cuando lo necesitemos, ¿no? No tiene sentido gastar dinero en dos.

Tenía sentido. Pero me seguía preocupando que se desplazara en ese trasto. Así que, cuando no pude localizarle en la oficina y después de intentar llamarle por Skype unas seis veces y descubrir que siempre estaba desconectado, empecé a llamar a los hospitales. Parecía que en Bristol solo había unos pocos que tuvieran servicio de urgencias y, después de descartar los hospitales infantiles y oftalmológicos, solo quedaban dos: Southmead y Bristol Royal Infirmary. Con las manos temblándome, llamé a los dos, pero ninguno tenía constancia de que un varón con la fecha de nacimiento de Danny o que se ajustara a su descripción hubiera ingresado en las últimas veinticuatro horas. Durante un minuto me invadió una oleada de alivio, antes de que el miedo volviera a

apoderarse de mí. Si no estaba trabajando o herido, ¿dónde podía estar? Si hubiera decidido hacer un viaje de última hora para ver a un amigo, me habría llamado, ¿no? Pero me había prometido estar aquí cuando llegara a casa, preparándome la cena, así que eso era muy poco probable. Después de todo, quizá estaba en el trabajo y la centralita de la oficina estaba en modo fin de semana. Pero ¿por qué no había contestado a mi correo electrónico ni se había puesto en contacto conmigo para decirme dónde estaba? Por muy ocupado que estuviera, habría tenido tiempo de hacerlo, ¿no? Sabría lo preocupada que estaría.

Respiré hondo e intenté controlar la ansiedad, que amenazaba con desbordarme; entonces escribí otro correo electrónico:

Danny, ¿dónde estás? Ahora estoy preocupada de verdad. He intentado llamar a tu oficina, pero salta el contestador. POR FAVOR, hazme saber que estás bien. Gracias.

Pulsé la tecla de «enviar» y consulté la hora. Era sábado a mediodía. No sabía nada de él desde el correo electrónico de buenas noches que me había enviado el jueves a eso de las once de la noche, el que había leído en la habitación del hotel. Algo más de treinta y seis horas. Aquello no encajaba, no era normal, no cuando se trataba de nosotros. ¿Debería llamar a la Policía? Pero ¿y si en realidad estaba muy ocupado en el trabajo intentando arreglar algún tipo de desastre informático para un cliente importante y había perdido la noción del tiempo? Imagina la mortificación si la Policía se presentaba de repente en su oficina, las risitas de sus nuevos compañeros de trabajo, los murmullos sobre esposas neuróticas. No, no podía llamar a la Policía; era demasiado pronto. Era una tontería. Me dije a mí misma que en cualquier momento contestaría al último correo electrónico y todo iría bien. «Esta noche estaremos acurrucados en el sofá bebiendo vino y riéndonos de mí y de mi reacción estúpida y exagerada».

Había salido un momento a recoger a Albert de la guardería canina más cercana –lo había dejado el miércoles por la noche antes de marcharme el jueves por la mañana, ya que las largas e

impredecibles jornadas laborales de Danny no son compatibles con el cuidado del perro—, con la esperanza desesperada de que, cuando llegáramos a casa, mi marido hubiera vuelto cansado y estuviera preparando café en la cocina o tumbado, exhausto, en el sofá tras una larga noche en la oficina. Pero no estaba allí, así que a la hora de comer encendí las noticias de BBC Radio Bristol, algo que era poco habitual en mí porque hacerlo demasiado a menudo me hacía sentir temor y ansiedad. Había trabajado en redacciones años antes de hacerme autónoma, cubrí tantas historias que me habían conmovido y asqueado y, aunque me había vuelto más fuerte a medida que pasaba el tiempo, más capaz de soportar el horror de informar sobre otro apuñalamiento, otro asesinato sin sentido, había llegado un punto en el que la vida que había llevado en aquel entonces se había convertido en demasiado para mí y, simplemente, había cerrado la puerta y lo había dejado todo atrás. Dejé de ver las noticias por completo durante meses después de dejarlo, dejé de leer los periódicos, refugiándome en la ignorancia sobre la situación real del mundo; me pasé al periodismo de estilo de vida cuando volví a trabajar, dejando atrás el crimen y la política. Pero ahora mi marido había desaparecido, así que encendí la radio, temblorosa, mientras escuchaba historias sobre accidentes, coches estrellados, cadáveres sin identificar.

Por la tarde, sintiéndome un poco tonta, le puse la correa a Albert y salí a recorrer el camino de Danny para ir y volver del trabajo, con la vaga idea en la cabeza de que tal vez lo había atropellado un coche y lo había arrojado, inconsciente, a un seto o a un callejón. Era ridículo, incluso yo lo sabía, en una ciudad grande donde lo habrían visto en cuestión de minutos, pero lo hice de todos modos. Antes de ponernos en marcha me había dado cuenta de que ni siquiera sabía cuál era su ruta exacta para ir al trabajo, ni siquiera sabía si iba todos los días por el mismo camino: como ciclista, había tantas opciones, tantos atajos posibles... Así que estudié un mapa, escogí las dos rutas que me parecían más factibles, los caminos más lógicos para viajar desde nuestra casa, en Monville Road, hasta la oficina de Danny, en Royal York Crescent, e hice las dos, una a la ida y otra a la vuelta. Cuando llegué, estaba

claro que la oficina estaba cerrada, pero llamé al timbre de todos modos y miré a través de las ventanas las salas vacías y sin gente antes de dar media vuelta y volver a casa, con una sensación de desesperación cada vez mayor. Por supuesto, no encontré nada en ninguna de las dos rutas. Ni bicicleta, ni casco, ni a Danny.

Me pasé el resto de la tarde dando vueltas por la casa, mirando por las ventanas, gritando en vano a mi marido ausente y rompiendo a llorar de vez en cuando. Miré la hora, eran casi las seis de la tarde y me obligué a sentarme y empezar a hacer más llamadas. Había pasado demasiado tiempo y necesitaba ayuda; no podía manejar eso sola, ya no. Había conocido a unas cuantas personas en el poco tiempo que llevábamos en Bristol, un par de las cuales ya sentía que podrían llegar a ser buenas amigas, pero, en mi opinión, las relaciones eran demasiado nuevas como para cargarlas con algo así. En cuanto a los viejos amigos, la mayoría eran amigos míos en un principio y no creía que ninguno de ellos pudiera ayudarnos, no a esas alturas; si Danny se hubiera ido a visitar a alguien sin decírmelo, por improbable que pareciera, lo más probable es que hubiera sido a uno de sus propios compañeros de trabajo. No tenía el teléfono de ninguno de sus amigos irlandeses, pero encontré los números de dos de los compañeros con los que había hecho más amistad en su antiguo trabajo en Londres, y el de su antiguo jefe. Todos parecían un poco desconcertados: no, no habían sabido nada de él desde que se marchó, pero... «ya sabes cómo es este trabajo, seguramente no sepa ni qué hora es ni cuánto tiempo lleva con la cabeza metida en su escritorio, seguro que aparece en un par de horas, no te preocupes, Gemma. Manténnos informados, ¿vale?».

Me hubiera gustado tener el número de teléfono del nuevo jefe de Danny, por si acaso, pero no lo tenía y ni siquiera recordaba su nombre. ¿Y la familia? Danny tenía un primo en Londres, pero el resto de su familia vivía en el oeste de Irlanda y, después de pensármelo un poco, decidí no llamarlos, al menos por ahora. Nunca me había sentido cómoda con su primo Quinn, y su madre, Bridget, era un pelín demasiado difícil. Su padre, Donal, había muerto poco antes de que nos casásemos y Danny nunca había

estado muy unido a ninguno de sus padres; no tenía sentido hacer que Bridget entrase en estado de pánico si, al final, no había nada de qué preocuparse. Tampoco llamé a mis padres, ambos eran nerviosos y no podía manejar su preocupación, no yo sola, no mientras yo misma me sintiera tan angustiada. Y, así, seguí marcando números y, cuando los amigos de Danny no pudieron ayudarme, decidí llamar a algunos de los míos de todas formas, no para preguntarles si sabían algo de mi marido desaparecido, sino para que me aconsejaran, para que me consolaran, aunque de esto último encontré poco.

—Mierda, Gemma, eso es preocupante. Si yo fuese tú, habría llamado a la Policía.

—¡Gem, cariño, qué horror! ¿Quieres que vaya? Solo tienes que decírmelo. Pero estoy segura de que aparecerá pronto, es probable que sea solo algo del trabajo...

—Malditos hombres. Pero Danny es de fiar, ¿no? No sé qué pensar, Gem. Tal vez dale hasta mañana y luego denuncia su desaparición. Tú no... Bueno, odio preguntarte esto, pero no crees que se haya ido con otra mujer, ¿verdad?

Era algo que no se me había pasado por la cabeza hasta entonces y, cuando colgué el teléfono después de hablar con Eva, una de mis mejores amigas, tragué saliva, tratando de considerar la posibilidad. No, no podía ser verdad. Desde que nos mudamos a Bristol no nos habíamos separado ni una noche hasta el jueves, cuando me había ido a mi viaje de prensa, y habíamos pasado cada segundo de cada fin de semana juntos, arreglando nuestro nuevo hogar. ¿Cuándo habría tenido tiempo? También habíamos sido bastante inseparables la mayor parte del tiempo antes de mudarnos... Después de todo, prácticamente éramos unos recién casados. Bueno, no éramos inseparables en todo; obviamente nos habíamos separado alguna que otra noche, en viajes de trabajo y en noches de chicas y chicos, y Danny era el tipo de hombre que a veces necesitaba su propio espacio, pero... Negué con la cabeza. Si hubiera tenido una aventura, lo habría sabido, ¿no? Fuese lo que fuese, eso no era. Pero ¿podría haberme dejado por alguna otra razón? Me levanté, me ceñí la rebeca de cachemira —la azul

celeste que Danny me había comprado por Navidad— y salí del salón, despacio, y caminé por el pasillo hasta la cocina y volví a asomarme al patio, que estaba oscuro y vacío. Albert también se levantó de un salto y me siguió de cerca, rozándome las espinillas con el hocico. Estaba casi tan inquieto como yo, lo notaba, sus sentidos perrunos siempre estaban en sintonía con los míos; me agaché a su lado, le acaricié la cabeza, que estaba suave, y lo miré a los ojos marrones, oscuros e inteligentes, murmurando tonterías tranquilizadoras mientras mi mente seguía acelerada.

Si Danny me había dejado, ¿qué motivo podía tener? Y no se había llevado nada, ¿verdad? Entonces, con un escalofrío, caí en la cuenta de que no lo sabía. No había mirado, ni siquiera se me había ocurrido comprobarlo. De repente, mareada por el miedo, subí corriendo al dormitorio, abrí cajones, arañé la ropa de su armario, busqué como una loca en la mesilla de noche sin saber qué estaba buscando. Pero parecía que todo estaba intacto, ordenado, en su sitio. Su pasaporte, guardado en el cajón donde siempre lo tenía. Toda la ropa, la ropa interior, la colección de relojes. Por lo que pude ver, no faltaba nada. Todo estaba como siempre. Entonces, ¿qué había desaparecido? Solo el abrigo, el portátil, la tableta, la mochila negra en la que los llevaba, la bicicleta y el casco. Las cosas con las que solía ir a trabajar. Todo lo demás seguía allí, esperándole, como yo. Como Albert.

Me desplomé sobre la cama deshecha, con la respiración agitada, y Albert dudó un momento (por lo general, no se le permitía subir a la cama) y luego saltó para unirse a mí, al parecer creyendo, sin equivocarse, que en ese momento estaba demasiado distraída para regañarlo.

¿Que las cosas de Danny siguieran aquí era una buena señal o no? No lo sabía, no podía pensar con claridad, el pánico se apoderó de mí y, de repente, me sentí muy sola. Si todavía estuviéramos en Londres, al menos habría tenido a mis viejos amigos cerca, gente que podría visitarme, gente que podría apoyarme, pero aquí, en esta nueva ciudad...

Respiré hondo varias veces, con el corazón acelerado otra vez, y me pregunté si debía reconsiderar mi decisión de no agobiar con

todo esto al par de nuevos amigos que había hecho hasta entonces en Bristol. Había conocido a Clare en Clifton Down pocos días después de mudarnos. En realidad, había llegado a la ciudad una semana antes que Danny, que tenía trabajo que acabar en Londres antes de venir conmigo, y había abandonado la montaña de cajas sin abrir durante una hora para despejarme y dar un paseo decente a Albert. Clare tenía un caniche, un montón de energía de pelo blanco y rizado que había brincado hacia Albert, le había hecho un arrumaco entusiasta y había vuelto a salir corriendo, mirando con timidez por encima del hombro. Albert había dudado durante un momento y luego había corrido con alegría tras ella, dejándonos a Clare y a mí impotentes, con las correas colgando de los dedos, esperando a que volvieran.

–Se llama Winnie. Winnie the Poodle.¹ ¿Lo pillas?

Sonrió y me cayó bien de inmediato. Clare era alta, medía 1,70, y era delgada como una ramita de color avellana, con una masa de rizos rubios.

–Y sí, elegí un perro que se parece a mí –añadió.

Nos sentamos en un banco y charlamos durante media hora ese primer día y, cuando le dije que era nueva en Bristol y que pensaba buscar algún sitio donde diesen clases de yoga por los alrededores, insistió en que fuera al suyo al día siguiente, por la tarde.

–Voy dos veces a la semana con mi amiga Tai. Es ashtanga y es bastante completo, después te sientes muy bien. Y a veces vamos a tomar algo a la vinoteca de enfrente cuando terminamos, si te apetece...

Me apetecía y me había encantado la clase, aunque solo había asistido a dos clases en las últimas semanas, ya que estaba demasiado ocupada intentando poner en orden la nueva casa por las tardes, cuando Danny volvía del trabajo. Había quedado varias veces con Clare y Tai (una mujer china guapa y bajita, con una risa contagiosa, que se había trasladado al Reino Unido para ir a la universidad y nunca había vuelto a casa) para tomar algo, y ya

¹ *Poodle*, en inglés, significa «caniche». La autora hace un juego de palabras con el personaje Winnie the Pooh (N. de la T.).

notaba que empezaba a forjarse una amistad sólida. Eran de las mías, luchadoras y fuertes, amables y divertidas, y me di cuenta de que yo también les caía bien. ¿Era pronto para llamarlas y contarles algo así? ¿Decirles que mi marido había desaparecido de repente y pedirles su apoyo? No, no podía hacer eso.

Me quejé. ¿Dónde estaba? ¿Y cuándo se podía denunciar de forma oficial la desaparición de un adulto? ¿No había alguna norma? Me levanté de la cama, bajé al salón, agarré el iPad y volví a mirar la bandeja de entrada del correo electrónico (vacía) antes de hacer una búsqueda en Google.

No, no había ninguna regla.

Existe la creencia común de que hay que esperar 24 horas antes de denunciar, pero esto no es cierto. Puede denunciar una desaparición a la Policía en cuanto crea que se ha producido. La mayoría de las personas desaparecidas regresan o aparecen en un plazo de cuarenta y ocho horas, y solo alrededor del uno por ciento siguen desaparecidas después de un año...

«¿Un año?». El miedo se apoderó de mi estómago. Pero la mayoría de la gente volvía en cuarenta y ocho horas. Miré la hora. Eran las nueve. Entonces habían pasado cuarenta y seis horas. Cuarenta y seis horas desde la última vez que supe algo de mi marido.

«Vamos, Danny. Tienes dos horas. Sé como la mayoría de la gente. Vuelve a casa. Danny, por favor».

¿Y si no lo era? ¿Y si no volvía a casa? Entonces, ¿qué? Tendría que hacerlo, ¿no? Pensé que sí. Lo haría, sería lo primero que haría mañana por la mañana. Iría a la Policía y denunciaría su desaparición.